

## EL AMOR Y EL HOGAR

### DOS FUENTES DE FORTALEZA EN UNAMUNO\*

Desde que se habla de Unamuno, se ha convertido casi en costumbre discutir su irreligiosidad, su espíritu de lucha, opuesto a todo lo establecido, su sentido trágico de la vida, y se ha prestado muy poca atención al "otro" Unamuno —al hombre que está anhelando la paz interna y la busca en el recogimiento de un hogar tranquilo—. Son precisamente el amor y la vida de familia los que le ofrecen esta intimidad redentora, y vamos a detenernos un poco en este aspecto suyo.

Si queremos encontrar al hombre Unamuno más auténtico, despojado de sus teorías filosóficas y eruditas, hay que ir a la poesía. El mismo ha dicho que el poeta es un hombre que no sabe mentir, que no guarda en su corazón secretos para Dios y es tan puro y abierto como un niño. La poesía es lo más verdadero de la obra de un escritor, y allí se nos revela un Unamuno tierno, enamorado, padre cuidadoso de la familia. Allí brota y florece el amor a su mujer, allí nos presenta el mundo completo de la niñez, hasta entonces casi desconocido en la poesía española. Su "*Diario poético*" está lleno de referencias a la vida cotidiana, y es a la vez el surtidor más rico en lírica amorosa. Canta los incidentes domésticos, los detalles realistas, ni siquiera tratando de darles forma elegante, y sin embargo nos deja una poesía llena de una lírica extraordinaria, de la que queda y no pasa con el cambio de la moda, porque ha cantado la verdad más íntima de su alma, porque lo ha hecho inspirado por el amor puro y sosegado, por un amor que ha llenado toda su vida, el amor a su Concha.

¿Qué es el amor para don Miguel? Le oímos repetir tantas veces que el amor es sólo una cosa de libros, una tontería de poetas que casi acabamos por creer en su no existencia. Pero aquí tropezamos con una interpretación nueva, más profunda: lo que no existe es el amor de los románticos, la pasión cegadora que transforma el mundo de los enamorados. El verdadero amor no produce un estado extraordinario, sino sencillamente llena de una luz nueva todas las labores de la vida cotidiana. Ya tenemos una definición original, nueva —el amor como costumbre. Sólo

---

\* Resumen de la tesis para el grado de Master of Arts, leída en la Universidad de Montreal, Canadá, en diciembre de 1955.

los que lo integran completamente en su vida, olvidándose hasta de su nombre, saben lo que es amar verdaderamente. El amor verdadero es como una oración continua que se está rezando a cualquier hora en cualquier sitio— la actitud de una persona religiosa ante Dios—. El amor no viene como un flechazo, sino lentamente, conociéndose el uno al otro, formando un solo ser, haciendo que una parte sufra los dolores de la otra y que los dos sueñen el mismo sueño. No es la pasión la que cuenta, sino su fruto: la ternura en forma de sentimiento de la convivencia.

Este amor compartido y cambiado en costumbre es depurador, es la mejor arma contra la concupiscencia y la voluptuosidad (la impotencia de querer de veras). La obsesión sexual que mata al espiritualismo, que rebaja la inteligencia de todo hombre desaparece con el amor-costumbre. Unamuno confiesa que para él no hay nada más insoportable que la conversación con un hombre mujeriego, porque “su inteligencia suele estar en el orden de la inteligencia del carnero, animal fuertemente sexualizado pero de una estupidez notable”<sup>1</sup>. Hablando de sí mismo, dice: “Mi natura espiritual repele el erotismo; tengo del amor una concepción puritana, intra-burguesa, o super-burguesa... Creo que los eróticos no sienten el amor. Ningún cantor del amor ha sobrevivido como no pusiese en el amor cantado algo más hondo que el amor sexual mismo, su íntima esencia”<sup>2</sup>. Su propia vida es una confirmación de su teoría: no ha conocido más que un solo amor, el amor que le llenó toda la vida, y de este amor brotaron sus obras imperecederas.

No es el amor siempre sólo alegría y felicidad. No, el amor sólo llega a su plenitud cuando está mezclado con el dolor: “Porque los hombres sólo se aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando araron durante algún tiempo la tierra pedregosa uncidos al mismo yugo del dolor común. Entonces se conocieron y se sintieron, y se consintieron y amaron. Porque amar es compadecer, y si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas la pena”<sup>3</sup>. Dice que la felicidad completa mata al amor, como mata también al espíritu, porque los felices se adormecen en su dicha, no les queda ningún objeto por qué luchar, y ya no pueden producir nada. El dolor pone a prueba nuestro amor, lo ennoblecce y purifica si es verdadero y lo deja morir si no era más que una ilusión fantástica. El amor verdadero excluye el egoísmo, nos está pidiendo sacrificios, produce la compasión y con ella la caridad que son necesarias para alcanzar el amor perfecto. Si algunas veces el amor no llega a su colmo, es que no todos saben sacrificarse y más que amar, amar incondicionalmente, quieren ser amados. En general, son las mujeres quie-

<sup>1</sup> *Ensayos*, II, Madrid, Aguilar, 1951, p. 458-9.

<sup>2</sup> *id.*, p. 65-6.

<sup>3</sup> *id.*, p. 851.

nes aceptan con resignación todos los sacrificios y dan así la prueba de amor más íntegro. La mujer sabe instintivamente que el sacrificio es necesario: "Parece que el amor es en la mujer compasión, en el hombre orgullo; pero, si se mira bien, es en éste la necesidad de ser amparado y protegido y en ella la necesidad de amparar y proteger"<sup>4</sup>. Donde hay compasión, hay también un matiz de amor maternal el amor más íntegro, más sublime que el amor de la hembra, de la esposa al hombre.

Un aspecto más bien sorprendente del amor que nos descubre Unamuno es el odio y la envidia, el mismo sentimiento en el fondo, cuyo cauce fue torcido y condujo a la manifestación de su peor aspecto. Es el amor que no es y no tiene esperanza de ser correspondido. Dice que los verdaderos ateos están locamente enamorados de Dios, le anhelan, le buscan, pero no encuentran el camino para acercársele, y por eso empiezan a odiarle. La única verdadera diferencia entre el amor y el odio es que este último necesita la presencia de la persona odiada, mientras que el amor puede vivir de recuerdos y esperanzas y, cuando es puro y noble, crece con la distancia.

El amor inspira las más grandes obras literarias así como las hazañas heroicas —don Quijote cobró coraje para todas sus aventuras y se hizo inmortal, inspirado por su amor a Dulcinea. Aquí Unamuno nos sugiere una interpretación interesante: si el amor de don Quijote hubiese sido correspondido por la buena Aldonza Lorenzo, tal vez el héroe no hubiera salido de su aldea, habiendo encontrado la realidad sosegadora en sus hijos de carne. Dé nuevo surge la idea de que el amor tiene que ser mezclado con el dolor, ennoblecido por él, para que pueda producir algo duradero o inmortal. Le pregunta a don Quijote don Miguel si su intrepidez y su heroísmo no fueron inspirados por el temor de confesar su amor humano a Aldonza, y está casi seguro de que sólo alcanzó la gloria y la inmortalidad porque no había gozado de la vida familiar.

Sin amor no se produce nada, y el hombre más miserable no le parece a Unamuno el que no puede conseguir que alguien le ame, sino el que no puede él mismo amar. Su alma está angustiada, está buscando una salida de las tinieblas que le envuelven, porque se ve frustrado en su sequedad. No se puede crear sin amor: "El amor, el amor lo es todo; toda grande obra de arte en el amor se inspira; no hay más tábano poético que el del amor; todos los trillamientos del alma vienen del amor. Hay que hacer obra de amor, obra de arte; no hay más genio que el genio poético"<sup>5</sup>. Incluso en la creación de una obra literaria lo que más importa es el amor; explicando cómo crea sus personajes, dice que no hay que pensarlos o inventarlos, sino sentirlos moverse en el fondo del alma del

<sup>4</sup> id., p. 702.

<sup>5</sup> *Amor y pedagogía*, B. Aires, Espasa-Calpe, 1944, p. 83-4.

autor, y sobre todo, quererlos. Entonces, los "agonistas" saldrán fuera por su propio esfuerzo, anhelando conocer el mundo que les hizo presentir el amor de su creador.

Dice que muchas veces se le ha achacado el no haber puesto el amor como fondo de sus novelas, lo que le extraña mucho, porque el amor se respira en todas sus novelas y casi siempre sale vencedor. Encontramos el mejor ejemplo en *Amor y Pedagogía*: aunque el protagonista hace todo lo posible para combatir este sentimiento, aunque cría a su hijo sólo con nociones científicas, prohibiéndole la entrada en el mundo de los sentimientos, al cabo tiene que admitir que su propósito de formar a un genio con procedimientos de la "razón pura" es un fracaso completo, el niño siente que le falta algo, se considera inferior a sus compañeros y, como si se burlase de su padre, nos da esta sentencia: "El genio nace y no se hace, y nace de un abrazo más íntimo, más amoroso, más hondo que los demás, nace de un puro momento de amor... Sólo los que pierden la conciencia al amarse, los que como en sueño se aman, sin sombra de vigilia, engendran genios"<sup>6</sup>. El pobre chico ve un abismo tan profundo entre la vida para la cual le destinó su padre y lo que le parece a él la verdadera existencia humana, inalcanzable, que no encuentra otra solución que el suicidio. Cuando el padre encuentra a su hijo, su "obra", muerto, se derrite la hiel de la ciencia que había encerrado su corazón, reconoce su error, irremediable ya, y con un sollozo cae en los brazos de su mujer, de aquel "ser eminentemente vegetativo" que no sabe nada de la ciencia y sin embargo le devuelve la vida: "¡Madre! —gimió desde sus honduras insondables el pobre pedagogo, y cayó desfallecido en brazos de la mujer. El amor había vencido"<sup>7</sup>.

Otro "hombre fuerte" que al principio niega la existencia del amor y al fin sucumbe incondicionalmente es el protagonista de *Nada menos que todo un hombre*, el indio autoritario a quien nada le es imposible. Se casa con la más bella mujer del pueblo, sólo porque quiere contarla entre sus posesiones, pero se enamora tan hondamente de ella, que al cabo de algún tiempo ya exclama: "¿Yo? Nada más que tu hombre... el que tu me has hecho". Al morirse su mujer, ya no encuentra sentido a su propia vida y se suicida. Es también el amor el que vence aquí, pero vence para la muerte, porque no fue bien interpretado. Es un amor loco, apasionado, un amor egoísta que no conoce la compasión y rehusa el dolor. Es que es muy fácil equivocarse de camino y escoger la apariencia ilusoria en vez de la sustancia: "Es el amor lo más trágico que en el mundo y en la vida hay; es el amor hijo del engaño y padre del desen-

<sup>6</sup> id., p. 125.

<sup>7</sup> id., p. 126.

gaño; es el amor consuelo en el desconsuelo, es la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermano"<sup>8</sup>.

El más bello cántico que don Miguel ha dedicado al amor es sin duda su poema becqueriano, *Teresa*. Casi no reconocemos al maestro severo, al filósofo atormentado por mil dudas en esta obra tan dulce y sosegada. Y como don Miguel afirmaba en otra ocasión que es el poeta quien hable más sinceramente de todos, consideramos este poema como una confesión más íntima suya. En el protagonista reconocemos al mismo autor con su admiración pública y delicada de la mujer. El poema entero no es más que un recuerdo dulce y a la vez dolorido de un gran amor cuya plenitud y entereza se revelan sólo después de la muerte de la amada. En esta oda no hay contradicciones: la ligera sombra de la difunta amada parece perfumada con el incienso de admiración sin límites y de un dulce arrepentimiento. El amor que encontramos aquí es tierno y constante, resignado, unido al dolor. Sin embargo, no es desesperación, porque en su esencia tiene la prueba de la inmortalidad:

“...quien así quiso y así fue querido  
nació para la vida;  
sólo pierde la vida su sentido  
cuando el amor se olvida”<sup>9</sup>.

Teresa no había buscado razones para explicar su amor, sino sencillamente escuchaba su corazón. No trataba de esconderlo se le podía leer en los ojos todo lo que no decía con palabras. Su amor era tan hondo y puro que se parecía al amor de una madre lleno de renunciadas, con algunos matices dolorosos. Este amor ha enseñado al protagonista el verdadero camino; convertido en costumbre, le llena la vida de la esperanza de una unión eterna. El recuerdo de aquella que fue religiosa y pura le induce a rezar, a invocar a la Virgen por los dos:

“Haz por ella que en la hora del ocaso,  
en el último trance,  
cuando de mi alma al fin se rompa el vaso,  
de nuestro Padre alcance  
eterna vida  
mi tierra con su tierra confundida”<sup>10</sup>.

*Teresa* es un canto de rara belleza, de un lirismo excepcional y sobre todo es un cántico a la gloria de la mujer a la que don Miguel ha respetado y venerado siempre, a la verdadera propagadora del amor.

<sup>8</sup> *Ensayos*, II, p. 848.

<sup>9</sup> *Teresa*, en *Antología poética*, Madrid, Ed. Escorial, 1942, p. 335. [Rima 49].

<sup>10</sup> *Id.*, p. 342. [Rima 71].

No podemos dejar el capítulo del amor sin llegar a hablar del Amor Supremo, del amor que Unamuno ha anhelado y buscado ansiosamente durante toda su vida. No ahondaremos en el problema de su religiosidad, y sólo trataremos de ver su actitud para con Dios en relación con el amor.

Así como su concepción del amor es original, original es también la interpretación del amor divino. Ya hemos visto que lo más noble, lo más puro y menos egoísta en todo amor es para él el matiz del amor maternal. Hablando de Dios, se refiere siempre al Padre, al Padre que ama a sus hijos, que sabe perdonarles por haber errado. Su Dios no es un Dios severo, esperando el momento de castigar a los pecadores, sino al Padre eterno, el que por ser él mismo bueno hace que sus hijos sean buenos "por dentro de dentro", aunque a veces no lo sepan y yerren. No puede perdonar a la gente que cree en Dios casi como cree en brujerías y fuerzas mágicas, temiendo su ira, sin comprender que ante todo hay que buscar en él a un padre. Unamuno cree en Dios como en su mejor amigo, siente su cariño y la mano invisible que le empuja hacia el bien. Por eso casi siempre le tutea, dirigiéndose a él le parece que así se le acerca más, es más hijo suyo, pequeño hijo aflijido que busca consuelo en el regazo del que le creó.

Admite la existencia de Dios, porque le siente en su corazón, sin querer probarlo con razones científicas. Ha dicho muchas veces que la "verdad verdadera" se conoce sólo con el corazón y no con la inteligencia, y afirma que "Dios sale al encuentro de quien le busca con amor y por amor, y se hurta de quien le inquiere por fría razón no amorosa"<sup>11</sup>.

Dios es ante todo amor, amor puro y compasivo. Por amor a la humanidad sacrificó a su hijo divino, a quien Unamuno dedicó uno de los más bellos poemas religiosos y a la vez humanos de toda la lírica española. Le mandó a la tierra para dar esperanza a los hombres. Y ¿cómo se podría vivir sin esperanza, sin lucha por alcanzar aquello que sólo se vislumbra en esta vida? ¿Cómo no esperar que con esta vida no se acabará todo? "Lo propio del amor es esperar y sólo de desesperanzas se mantiene. El amor espera, espera siempre sin cansarse nunca de esperar, y el amor a Dios, nuestra fe en Dios es ante todo esperanza en él. Porque Dios no muere, y quien espera en Dios, vivirá siempre"<sup>12</sup>.

El sufrimiento nos hace participar del mismo amor con Dios porque él sufre, necesita nuestro amor, y nosotros necesitamos el suyo para librarnos de nuestras congojas. Necesitamos a Dios, le buscamos para salvarnos, y en ésto debemos fiarnos sólo de nuestro corazón. No le buscamos para saber cómo es, sino para sentir que existe y que nos salvará de

<sup>11</sup> *Ensayos*, II, p. 904.

<sup>12</sup> *id.*, p. 908.

la nada. Basta que creamos en él, y así le creamos en nosotros, el amor crea todas las cosas ideales, y el amor a Dios le crea en nuestra alma así como su amor nos creó: "Dios que es el Amor, el Padre del Amor, es hijo del amor en nosotros"<sup>13</sup>. ¿Cómo podríamos creer en amor, si creyésemos en Dios? "El Amor es un contrasentido si no hay Dios"<sup>14</sup>. Por eso, roguemos a Dios que su amor no nos abandone, que no nos falte nunca el amor:

"...Señor,  
danos con la guerra el pan  
de cada día y amor"<sup>15</sup>

Ya hemos visto que una vida sin amor es una vida vacía, vivida en balde, incapaz de inspirar algo noble o duradero. Además este amor tiene que ser constante y sosegado, ser más bien una costumbre de cada día. La realización de tal amor es posible sólo en una familia sólida, en un hogar en que la lumbre de la ternura no se apaga nunca. Es la familia, la familia cristiana en sus raíces, la base de toda dicha, la única forma de amor verdadero. El amor, y por él la familia, son los fundamentos de la sociedad humana. En uno de sus preceptos el Creador del mundo dice: "Creced y multiplicaos". Este es el precepto favorito de Unamuno, con el cual está completamente de acuerdo. Se puede decir que no hay obra suya en que no haya preconizado que el matrimonio fue instituido por Dios, y que uno de sus mandamientos más importantes fue formar familias. Hasta que un hombre no crea una familia, no puede encontrarse a sí mismo, porque no tiene en qué apoyarse. Una casa sin familia no es un hogar, es más bien un cenicero. Sólo fundando un hogar, el hombre recibe "la gracia del cielo", encuentra paz interior y se puede dedicar a "más altas y nobles empresas": "¿No es acaso el matrimonio la mejor, tal vez la única escuela de filosofía?"<sup>16</sup>. No se cansa de repetir don Miguel que el hogar debe tener base sólida —"raíz de la costumbre consabida"—. Por eso admite la religiosidad en la protectora del hogar, en su verdadera alma: la madre. No hay hogar en sus novelas sobre el cual no esté velando una madre piadosa y resignada, casi como una sombra, la cual no permite nunca que se apague su llama vivificadora. El calor del hogar llena el alma del niño desde pequeñito, y su recuerdo le hace buscar algo parecido en la vida cuando se hace hombre. Los que no han tenido nunca un hogar no saben fundarlo, aunque lo presentan y lo anhelan. ¡Qué miserables son los niños que no han oído nunca el cante de cuna en boca

<sup>13</sup> id., p. 881.

<sup>14</sup> id., p. 869.

<sup>15</sup> *Cancionero*, *Diario poético*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1954, p. 135. [N.º 380].

<sup>16</sup> *Niebla*, Madrid, Aguilar, 1951, p. 226.

de su madre, que jamás han visto su sonrisa! Sólo si llegan a enamorarse de veras, el amor de su escogida, que encierra en sí una parte de amor maternal, les redime y les enseña el camino hacia la felicidad.

La casa —y con ella pensamos en el hogar— es lo único valadero que poseemos, es el castillo que encierra lo más precioso para nosotros; en ella debemos buscar consuelo y fortaleza. Hasta un bandido es blando y tierno en su casa, porque él también sabe amar y el amor le hace bueno. Al contrario el hombre más apacible se puede convertir en un asesino, si se le arrebatara su casa (el infeliz castellano de *Paz en la Guerra*). Don Miguel afirma que el sentido de la familia lo vence todo; una mujer que es madre es capaz de perdonar incluso a un ladrón por haber robado, si lo ha hecho para sostener a su familia.

El hogar, es siempre el hogar y la paz que se respira allí lo que buscan los protagonistas de Unamuno. Si no tienen refugio en su casa, ¿de qué les sirven las luchas de su vida? Hasta el inmortal héroe, el caballero andante, le parece infeliz por no haber probado la dicha hogareña. ¡Qué pobre, qué atormentado parece en su lecho de muerte, curado ya de sus ideas caballerescas, convertido en Alonso el Bueno! Sí, ha gozado de la Gloria, ha cumplido hazañas inmortales, pero no sabe lo que es la verdadera dicha, la gloria de todos los días: “Y entonces, en su lecho de muerte de soltero, pensó acaso que pudo haberla llevado a él y haber bebido de ella en él la vida. Y habría muerto sin gloria y rodeado de sus hijos, en quienes perviviría. ¡Tenerla allí, en el lecho en que morías, buen hidalgo, y en que se habrían confundido antes tantas veces en una sola vuestras sendas vidas; tenerla allí, cogida de su mano tu mano y dándote así con la suya el calor que de la tuya se escapaba...! Te morías sin haber gozado del amor, del único amor que a la muerte vence”<sup>17</sup>.

Ya en su primera novela todo respira el amor que brota de la vida de la familia. Es éste un amor silencioso e íntimo, un amor de costumbre que no salta a los ojos como tal, pero del cual está empapado todo el ambiente de este libro. Pedro Antonio y Josefa Ignacia son una de esas parejas calladas, donde las muestras de amor son supérfluas, porque él es la esencia misma de su vida, su santa costumbre. A través del libro hay pocas descripciones de la casa, de la vida de familia, pero la unidad y la importancia de ésta son palpables, la felicidad íntima se respira en todas las casas. La guerra intensifica el sentido de la familia, va hasta más lejos —reuniendo a los hijos en un ejército—, reúne a las familias que quedaron atrás en un inmenso hogar. La significación de la familia crece, se aprecia más el amor hogareño y se llega a desear que el mundo todo se convierta en un inmenso hogar, haciendo así que las guerras sean impo-

<sup>17</sup> *Ensayos*, II, p. 351-2. *Vida de Don Quijote y Sancho*.



sibles. Y allí nos hace sentir más que en ninguna otra obra suya lo que significa la pérdida de la piedra angular —la madre— en la vida de una familia. Seguimos a través del libro la vida de dos familias y vemos cómo se deshacen casi por completo a la muerte de la madre.

En un cuento delicioso —“Al correr de los años”<sup>18</sup>— un relato de amor convertido en costumbre y santificado por ella, vemos cómo el amor llega a ser completo sólo por la presencia de los hijos y de la mujer convertida en madre. No hay vida cumplida sin hogar propio, sin amor maternal y sin hijos. En una familia perfecta no queda más que ternura entre los esposos, una ternura que se confunde a veces casi con el agradecimiento y hasta confina con la piedad. Es el agradecimiento del marido a la madre de sus hijos y el agradecimiento de la mujer al hombre por haberla llenado la vida de felicidad, por haberla hecho “mujer de veras”, madre.

El mismo don Miguel comprueba la veracidad de su concepción de la vida familiar —aunque no hable mucho de la suya—, es un hombre hogareño puro. Sólo en su casa puede trabajar a gusto; cuando se siente rodeado de sus hijos, la lectura le resulta más agradable, y sólo la presencia de su mujer logra infundirle paz interior. El sentido del hogar, del ambiente familiar influye hasta en su gusto artístico: confiesa que lo que más le encanta es la pintura flamenca y alemana —“aquellos cuadritos modestos, algo lamidos, que respiran aroma del hogar y de vida recogida”<sup>19</sup>—. La familia es lo más íntimo de su vida, es algo sagrado. En esto se siente profundamente español; también en el teatro clásico no se habla mucho, casi por tenerla demasiado respeto, de la mujer, o más bien de la madre que “está oculta en el sancta sanctorum del hogar”.

Ya desde su niñez conserva el respeto para la madre, para toda mujer que lo es, y siente la importancia del hogar. Los recuerdos más íntimos de su niñez le hablan de la paz doméstica. Tal vez por eso le parece que sobre todo el paisaje vasco es un paisaje doméstico, de hogar, hecho a la medida del hombre que lo habita y anima, un paisaje en el cual se ve más tierra que cielo, un nido.

\* \* \*

La familia no se puede llamar familia, si no hay hijos en ella. Su importancia es primordial. Un matrimonio que no tiene hijos va contra los preceptos de Dios, constituye más bien un concubinato legal.

Tal matrimonio no logrará nunca conocer el amor en su plenitud; la pasión pasará, dejando sólo cenizas, y no una brasa constante que nace de

<sup>18</sup> *El espejo de la muerte*, Madrid, 1913.

<sup>19</sup> *Ensayos*, II, p. 50.

la costumbre. Dice que los religiosos no sufren tanto por falta de relaciones sexuales como por un hambre de paternidad o maternidad insatisfecha. Su sufrimiento es de finalidad, el de saber que con su muerte se extinguirá su familia.

Una idea que atormenta a muchos de los personajes unamunianos es el problema de qué hijos son más importantes para la posteridad: los de carne o los espirituales: las obras de un hombre que no ha logrado tener hijos propios. Muchas veces dice que sólo los que no tienen hijos producen obras inmortales, que sólo la esterilidad temporal da fecundidad eterna, pero ahí mismo añade que no hay obra poética más grande que un hijo o una hija<sup>20</sup>. Al recibir un telegrama anunciando el nacimiento de su primer nieto, lo apunta en su *Diario*, diciendo: "Y no hay más poesía". Padre de ocho hijos, a los cuales ama tiernamente, es a la vez autor de innumerables "hijos espirituales" que le darán lo que él con tanta ansia ha anhelado: la inmortalidad. La pregunta se repite a menudo, y casi siempre los que están aspirando a la inmortalidad admiten que es más seguro tener hijos de carne que crear obras de cuya eternidad decidirán sólo los siglos venideros.

Como hemos visto. Unamuno dice que el odio es un aspecto del amor, y hablando de los hijos, nos sugiere la idea de que ellos también pueden ser un fruto del odio y no del amor, instrumentos de venganza en vez de redentores de sus padres. La protagonista de "El Marqués de Lumbría" cría a su hijo para que vengue su humillación; Raquel de "Dos madres" quiere vengarse de su esterilidad, haciendo a su amante engendrar un hijo en otra y arrebatárselo después; el primer pensamiento del obsesionado Joaquín Monegro de *Abel Sánchez* al nacer su hija es: "Será mi vengadora".

Son principalmente los hijos los que producen celos; una mujer casada no tiene celos de otra mientras no tiene hijos, pero cuando se siente madre, entonces ya no puede tolerar ningún desliz de su marido. Y un hombre que ha sido abandonado por su mujer con quien no logró tener hijos y que se había resignado a esta traición, llega a sentir su humillación mucho más hondamente al enterarse que ésta tuvo un hijo con el otro. Sólo entonces nacen los verdaderos celos en él, porque se siente burlado.

El mismo don Miguel fue padre feliz, y esta felicidad se refleja en sus poemas dedicados a los niños. Los quiere tanto que todo lo que se refiere a su mundo le parece digno de ser admirado y cantado. Describe sus juegos, sus risas, su sueño, los más insignificantes incidentes domésticos. En esto se distingue más de los otros poetas de su época; nadie ha cantado el mundo del niño con tanta minuciosidad y tanto cariño como él. Sus

<sup>20</sup> *Amor y pedagogía*, p. 17.

poesías que se refieren a los niños están llenas de ternura y de lirismo. Son lo más original y lo más auténtico del poeta-pensador, porque todas ellas brotan directamente de su corazón, del corazón amante de un padre. Le atrae la inocencia, la felicidad de los niños; están llenos de fe en todo lo que les rodea, y esta fe les hace felices. Dice que todo niño nace artista y deja de serlo en cuanto se hace hombre. Y sólo los que siguen siendo niños son verdaderos artistas. Sólo conservando una niñez eterna en el alma se alcanza la verdadera libertad y se puede afrontar el misterio de la vida.

\* \* \*

Amor, familia, hijos, todo se mueve alrededor del pilar central de la vida familiar: la mujer, la madre. Sin ella la felicidad, la entereza, serían impensables. La importancia que le atribuye Unamuno es tan grande que ella merece un ensayo aparte. Aquí sólo procuraremos ver a una mujer, a la que le ha inspirado toda su obra.

Y se nos presenta la pequeña mujercita vasca, su único amor, la que supo cautivar a este espíritu rebelde y extraordinario ya desde su niñez, la que con resignación aceptó todas las manifestaciones del hombre de lucha continua, la única que supo calmarle con una mirada de sus ojos. Toda la vida de don Miguel está llena del amor de su compañera fiel, silenciosa, de este amor que al pasar de los años se convierte en costumbre, del amor que él casi no sentía ya, pero que encontraba siempre como un apoyo en su casa.

¿Qué podían tener en común estos caracteres tan distintos? Ella, siempre tranquila, siempre sosegada, hallando la paz en su fe y en la oración, y él, atormentado por mil dudas, en continua lucha, refunfuñando contra la política, contra los métodos de la enseñanza, contra la paz misma que conduce al embrutecimiento. Tal vez era precisamente este contraste lo que le atraía, tal vez veía ella en el fondo del gran sabio a un niño tímido que buscaba cariño y comprensión. Le trataba casi como a otro hijo suyo, y él se dejaba manejar. Ella había adivinado que debajo de la corteza del hombre fuerte, del pensador que se burlaba de la fe del "santo no saber" se escondía un alma dolorida, anhelante de esta misma fe, que olvidara sus dudas al lado de su compañera. La mirada compasiva y llena de cariño de su mujer le restituía la paz y la tranquilidad, a su lado se sentía fuerte e independiente. Sufrió mucho en su destierro al verse separado de la esencia de su vida, le faltaba la mirada en cuyo fondo solía encontrar su propio ser.

Al morirle su Concha, el hombre fuerte se ve otra vez un niño desamparado, su vida ya no tiene sentido, ya no puede haber alegría completa para él en el mundo en que vive. Sólo entonces se da cuenta de lo que ha perdido:

“Mas ¿cómo puede andar tan ciego  
que no vi que era su vista  
la que hacía mi conquista  
día a día, del mundo que pasaba?”<sup>21</sup>.

Su hogar se ha convertido en una “cárcel desdichosa”. Todo le recuerda a aquella que se ha ido, el menor detalle le hace notar la ausencia de ella, que fue el alma de su vida. Tan desequilibrado está que ni siquiera sabe si él mismo está con vida aún:

“¿Fue ella? ¿fui yo quien se murió?  
¿fue ella? ¿fui yo quien me morí?  
pues yo no sé quien era yo  
ni quien ella, ¡pobre de mí!”<sup>22</sup>.

BIRUTE CIPLIJAUSKAITE

University of Montreal.  
Montreal, Canadá.

<sup>21</sup> *Cancionero*, p. 455. [N.º 1.657].

<sup>22</sup> *Id.*, p. 453. [N.º 1.651].